

DON RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL EN EL CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

Fue el Centro de Estudios Históricos, en Madrid, un organismo creado por la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas y oficialmente establecido por decreto del Ministerio de Instrucción Pública, en 1910. Cesó su actuación a los 26 años, en el verano de 1936, al estallar la guerra civil. En la presente reseña, a más de treinta años de distancia y de ausencia, se le recuerda especialmente como marco de la labor que en él realizó don Ramón Menéndez Pidal. El autor espera disculpa por las omisiones en que involuntariamente habrá de incurrir y por las inevitables referencias que haya de hacer a su propio trabajo.

La Junta para Ampliación de Estudios, creada en 1907, tenía a su cargo la asignación de pensiones a estudiantes postgraduados de demostrada aptitud y vocación, para desarrollar y perfeccionar su preparación en centros extranjeros acreditados por el cultivo de determinadas especialidades. El funcionamiento tradicional de la enseñanza universitaria en España hacía que la relación de los estudiantes con los profesores se redujera simplemente a la mera asistencia a las clases y a la aprobación de los exámenes finales de curso. No había ocasión para que el alumno, atraído por alguna materia especial, recibiera del profesor, en una relación más inmediata, el consejo orientador y el adiestramiento metódico que todo principiante necesita.

Con la creación del Centro de Estudios Históricos se trató de ofrecer un lugar en que, alrededor de cada maestro capaz de formar escuela, pudiera reunirse un grupo de discípulos que recogieran y continuaran su doctrina. Al mismo propósito obedecieron otras fundaciones de la Junta para Ampliación de Estudios, contemporáneas del Centro, como el Instituto de Histología Ramón y Cajal, el Instituto de Física y Química, con los profesores don Blas Cabrera y don Enrique Moles, el Laboratorio de Automática de Torres

Quevedo, y los seminarios dirigidos por don Ignacio Bolívar en el Museo de Ciencias Naturales. Todo ello, puesto en marcha en las dos primeras décadas de este siglo, significaba un notorio movimiento de renovación en la actividad docente y en la iniciación científica de la juventud española.

Las primeras secciones establecidas en el Centro fueron la de Filología, dirigida por Menéndez Pidal; la de Arqueología y Arte, por los profesores don Manuel Gómez Moreno y don Elías Tormo; la de Estudios Árabes, por don Julián Ribera y don Miguel Asín, y la de Instituciones Medievales, por don Eduardo de Hinojosa. Más tarde, y por cortos periodos, actuaron la de Historia de España, dirigida por don Rafael Altamira, y la de Derecho Civil, de don Felipe Clemente de Diego.

En la fecha en que se fundó el Centro, 1910, Menéndez Pidal contaba ya cuarenta años de edad y era conocido internacionalmente como destacada figura en el campo de la Filología Románica. Había publicado obras tan importantes como *La leyenda de los Siete Infantes de Lara*, 1896, modelo de estudio monográfico sobre la permanencia, expansión y modificaciones de un tema legendario; el *Catálogo de las Crónicas Generales*, 1899, ejemplo de organización sistemática de las primitivas fuentes de la historia española; la *Gramática Histórica Española*, 1906, primera y no superada exposición de la estructura y evolución fonética y morfológica de la lengua, y el *Cantar de Mio Cid*, 1908, monumental y definitivo estudio del texto, composición y lenguaje del poema.

Al Centro se le dio alojamiento en unas grandes y desmanteladas salas de la planta baja del edificio de la Biblioteca Nacional, en el Paseo de Recoletos. El espacioso local había sido recientemente desocupado por el Museo de Ciencias Naturales, trasladado al Palacio de Bellas Artes, en los altos del Hipódromo. El piso era de cemento, los techos de una altura de unos cinco metros, y las puertas, anchas, altas y recias. Hubo que construir tabiques de madera para que las secciones se instalaran con cierta independencia, en rea-

lidad sólo aparente y relativa, puesto que los tabiques apenas alcanzaban a la mitad de la altura de los techos.

Nadie pretendió que el local fuera acondicionado con cortinas, alfombras ni muebles confortables. El ajuar de cada sección lo componían unas simples mesas, sillas y armarios de pino barnizado. Había unas grandes y pesadas mesas de caoba, de recios pies y anchos tableros, que se decían del tiempo de Carlos III, transferidas por el antiguo Museo de Ultramar, acaso como piezas más decorativas que prácticas, al de Ciencias Naturales, y abandonadas por éste en su traslado, probablemente por la misma razón. Por las dimensiones y calidad de estas mesas y por la magnitud de puertas y ventanas, el local tenía algo de palacio; mientras que la desnudez y modestia de la instalación le imprimían cierta austeridad de convento. Algunas secciones del Centro aparecían irónicamente bajo los epígrafes que el Museo había dejado, con grandes capitales, en los frontis de las altas puertas: MAMÍFEROS, PECES, AVES, REPTILES, etcétera.

Los primeros jóvenes que se agruparon alrededor de cada maestro fueron Américo Castro, Federico de Onís y yo mismo, en la de Filología; Ricardo de Orueta, Francisco Sánchez Cantón, José Moreno Villa y Enrique Lafuente Ferrari, en las de Arqueología y Arte; Pedro Longás, Ángel González Palencia y Maximiliano Alarcón, en la de Estudios Árabes; y Claudio Sánchez Albornoz, Aurelio Vifias y José María Ots y Capdequí, en la de Instituciones Medievales. Estos jóvenes de entonces, hoy ya ancianos o desaparecidos, lograron distinguirse en sus campos respectivos, haciendo honor a sus ilustres maestros, de los cuales sólo se mantiene aún en vida, casi centenario, el insigne arqueólogo don Manuel Gómez Moreno.

La Junta para Ampliación de Estudios no estableció estatutos ni reglamento alguno para el funcionamiento del Centro. Cada profesor escogió libremente sus alumnos. El ingreso no llevaba consigo ningún nombramiento especial. Tampoco el Centro concedía títulos o certificados que dieran derecho a participar en oposiciones o concursos a cátedras u otros puestos de servicios públicos. El interés económico o admi-

nistrativo no significaba estímulo alguno en el ambiente del Centro; sus beneficios eran de orden puramente desinteresado y cultural.

En la sección de Filología fue tema inicial de labor colectiva la reunión de materiales para el volumen correspondiente a Castilla en la proyectada colección nacional de *Documentos lingüísticos*. En la mayor parte de los casos, don Ramón escogía previamente, entre los antiguos cartularios del Archivo Histórico Nacional, los documentos que debían ser copiados. La transcripción paleográfica se realizaba bajo su enseñanza y revisión. Bajo su guía nos familiarizamos con los fondos de manuscritos inéditos del Archivo Histórico y de la Biblioteca Nacional. Por su encargo hicimos viajes de exploración de archivos de catedrales y conventos por varias provincias castellanas. Los documentos reunidos recibían de su mano la identificación y comentario con que aparecen en el voluminoso tomo publicado, en 1919.

Aparte de esto, cada miembro de la sección se hizo cargo de algún trabajo particular. El mismo don Ramón emprendió la elaboración de su famosa obra sobre los *Orígenes del español*. Federico de Onís y Américo Castro componían el volumen de *Fueros leoneses*. Yo estaba entregado por entonces al estudio del dialecto del Alto Aragón. El laboratorio de fonética se inició en una oscura habitación interior, con un simple quimógrafo adquirido en París por don Pedro Blanco, miembro del Museo Pedagógico de Madrid, interesado en la nueva fonética experimental bajo los auspicios del laboratorio del abate Rousselot en el Collège de France.

En el verano de 1911, don Ramón organizó un viaje de exploración dialectal por las provincias de Asturias, León, Zamora y Salamanca, en el que, junto a su intervención personal, nos repartimos el terreno Américo Castro, Onís, Martínez Burgos y yo. Tenía el viaje por principal objeto ampliar el trabajo que don Ramón había anticipado en *El dialecto leonés*, de 1906, aparte de la recolección de romances populares que su interés recomendaba en todas ocasiones. La excursión dialectal encerraba además en embrión la idea del *Atlas lingüístico* que don Ramón abrigaba desde el ejem-

plo del gran atlas francés de Gilliéron, cuyos fascículos aparecían sucesivamente por aquellos años.

Las experiencias de nuestro viaje hicieron advertir la necesidad de disponer de una técnica especial de análisis fonético y de un método articulado y uniforme en la ejecución de las encuestas, para que el material recogido pudiera ser aprovechado en coordinación comparativa. Fui designado para recoger la información adecuada en los centros universitarios de Francia, Suiza y Alemania en que entonces se practicaba esta clase de trabajos. Fueron dos años invertidos principalmente en Montpellier, con los profesores Grammont y Millardet; en Munich, con Gauchat y Jud; en Marburgo, con Viëtor y Wrede, y en Hamburgo, con Panconcelli-Calzia.

Mientras tanto surgió en el Centro la idea de publicar una revista que diera muestra del trabajo de sus secciones y sirviera para establecer intercambio con otras revistas. Tal publicación llevaría el título de *Cuadernos de Trabajo del Centro de Estudios Históricos*, su aparición no se sujetaría a plazos fijos, y reuniría colaboración de todas las secciones. A principios de 1914 el primer cuaderno estaba preparado con dos extensos estudios: el de Menéndez Pidal sobre el debate de *Elena y María* y el de don Miguel Asín sobre *La disputa del asno*, de Turmeda.

Por correspondencia con don Ramón, advertí que el proyecto de los *Cuadernos* no llenaba enteramente sus propósitos. Su deseo hubiera sido una revista de publicación regular y de carácter propiamente filológico. Por su indicación, cuando me hallaba trabajando en el Phonetisches Laboratorium de Hamburgo, me puse en contacto con la oficina editorial de la *Revue de Dialectologie Romane*, establecida en el Vorlesungsgebäude de aquella ciudad. Recibí generosa información del doctor Fritz Krüger, joven hispanista entonces y hoy prestigiosa autoridad en lingüística española. Me hice además con un ejemplar de la *Zeitschrift für Französische Litterature*, superior a las demás revistas de aquel tiempo por la organización de sus secciones y por su presentación tipográfica.

La puntualidad de estos recuerdos hace necesario decir

que cuando regresé a Madrid en 1914, pertrechado de notas y de impulso juvenil, en el ánimo de don Ramón se definió concretamente la idea de la *Revista de Filología Española*. Los estudios sobre *Elena y María* y sobre el *Viaje a la Meca*, dispuestos para el *Cuaderno de Trabajo*, pasaron a formar el primer número de la *Revista*, y se procedió con urgencia a la redacción de las reseñas de libros y de la bibliografía metódica que habían de acompañar a aquellos estudios. El primer fascículo de la *Revista* apareció pocas semanas antes de que empezara la primera guerra europea. La primera suscripción que recibimos fue la de don Miguel de Unamuno.

El apremio de los cuadernos trimestrales de la *Revista* fue un activo elemento de cohesión entre los miembros de la sección de Filología. Daba ejemplo el maestro con su asidua colaboración, en la que el estudio sobre *Elena y María* fue seguido por otros no menos importantes, como el del cantar de *Roncesvalles*, la serie de *Poesía popular y Romancero*, *Sobre geografía folklórica*, *Relatos poéticos en las crónicas medievales*, etcétera. En todo momento la *Revista* fue empresa que don Ramón atendió con cariño, interés y esfuerzo. A su lado, Américo Castro inició su orientación sobre crítica histórico-cultural con sus artículos sobre *El pensamiento de Cervantes* y *El sentimiento del honor en el teatro*, y Federico de Onís dio muestra de su fino sentido filológico en su estudio sobre la transmisión literaria en la poesía de fray Luis de León.

En torno a la labor de la *Revista* ingresaron en la sección de Filología, hacia 1916, Antonio García Solalinde, que desde el primer momento se inclinó al estudio de los manuscritos de Alfonso el Sabio; Alfonso Reyes, entregado por entonces al comentario crítico de las ediciones de Góngora, y Benito Sánchez Alonso, que se incorporó principalmente a la bibliografía y se hizo cargo de la organización de la biblioteca del Centro. Otro compañero fue Pedro González Magro, a quien la muerte se llevó poco después de publicar su valioso artículo sobre la delimitación geográfica de las antiguas merindades de Castilla.

El ejemplo de la *Revista* como instrumento de comuni-

cación, entrenamiento y disciplina despertó estímulos semejantes en las demás secciones del Centro. No tardó en aparecer, con moderna y atractiva presentación, el *Archivo de Arqueología y Arte*, dirigido por los profesores Gómez Moreno y Tormo, y poco después, la sección de Instituciones Medievales inauguró la serie de densos y documentados volúmenes de su *Anuario de Historia del Derecho*, bajo la dirección de don Eduardo de Hinojosa.

Don Ramón reservaba las mañanas para trabajar en su casa. Vivía entonces en la calle de Ventura Rodríguez, barrio de Argüelles, antes de construirse su casa de la carretera de Chamartín. A primera hora de la tarde daba su clase en la Universidad. El resto de la tarde, o la tarde entera si no tenía clase, lo dedicaba al Centro. Su asistencia a la Academia era los jueves por la noche. Los domingos solía dar largos paseos por la Moncloa y por la carretera del Pardo, en los que a veces le acompañábamos alguno de sus discípulos. Era de cuerpo delgado y ágil, de conversación animada, y caminaba con paso de amplio compás, adquirido en sus juveniles excursiones por los campos asturianos.

En el Centro, seguía con atención el trabajo que cada uno realizaba. Su trato era sencillo y familiar. La puerta de su oficina se abría en todo momento para cualquier consulta. De ordinario se le encontraba concentrado sobre el libro o documento que tenía delante. Tenía una mirada profunda de lector reflexivo. Acogía al consultante con natural afabilidad. Había en su actitud una nota constante de distinción y cortesía, subrayada por el efecto claro y cordial del timbre de su voz. Su palabra reflejaba con espontaneidad y viveza las reacciones de su pensamiento. El ligero tinte asturiano de su acento consistía en la relativa oscuridad de sus vocales finales y en la fricación sorda con que solía sonar su *r* en esa misma posición final.

Empezaron a llegar a la *Revista* originales de mayor extensión que la correspondiente a los artículos ordinarios. Publicarlos por fragmentos con continuación no pareció recurso aconsejable. Se tomó la decisión de abrir una serie de *Anejos* de la *Revista* que pronto adquirió cuerpo con *El dialecto de*

San Ciprián de Sanabria, de Fritz Krüger; *La inflexión vocálica en español*, del checo Krepinski; la *Contribución al diccionario etimológico*, de García de Diego, y otras varias obras.

Otra serie vinculada con la *Revista* fue la de obras especialmente destinadas a la enseñanza universitaria, la cual reunió en poco tiempo publicaciones que se divulgaron con gran rapidez, como la *Introducción a la lingüística romance*, de Meyer-Lübke, traducida por Castro; *La oración y sus partes*, de Rodolfo Lenz; *La versificación irregular*, de Henríquez Ureña; la *Paleografía española*, del P. García Villada; la *Antología de prosistas*, de Menéndez Pidal, etcétera.

La influencia directiva de don Ramón, ejercida sin el menor asomo de autoridad, se producía por la eficacia de sus consejos y observaciones, y alcanzaban a diversas actividades de la sección de Filología, aparte de sus publicaciones. No habían empezado aún en España los cursos de verano para extranjeros. Sólo en Burgos funcionaba una escuela de esta especie creada por las universidades francesas de Burdeos y Tolosa para ejercicios y prácticas de sus propios estudiantes. La Junta para Ampliación de Estudios inauguró en 1912 un curso de verano abierto a estudiantes de todos los países, al cual se le asignó el lugar de la primitiva Residencia de Estudiantes, en la calle de Fortuny, donde los asistentes al curso podían encontrar alojamiento. El programa consistía en una serie de escogidas conferencias encomendadas a distinguidas personalidades del profesorado y de las letras.

El proyecto no tuvo el éxito que se esperaba. Los estudiantes registrados, principiantes en su mayor parte en el conocimiento de la lengua, admiraban el desfile de los ilustres conferenciantes sin sacar gran provecho de sus enseñanzas. Miss Susane Huntington, directora del International Institute for Girls in Spain, y Miss Caroline B. Bourland, profesora de Smith College, recomendaron con persuasivo interés que el curso adquiriera forma más ajustada a las necesidades de los estudiantes en cuanto a su ejercicio del idioma y a su ilustración literaria y artística. La transformación del carácter del curso vino a incorporarlo naturalmente a las actividades de la sección de Filología, donde no se limitó a

simple curso de verano, sino que se extendió a otoño y primavera, con programas equivalentes a los semestres académicos de otros países. Centenares de estudiantes, que en gran parte eran ya maestros de español en sus respectivos países o se preparaban para serlo, asistían cada año a los cursos del Centro, perfeccionando su práctica del idioma y ensanchando su preparación profesional.

Al mismo tiempo, el Centro desarrollaba una actuación paralela mediante el envío de jóvenes lectores e instructores españoles para desempeñar cargos auxiliares de enseñanza en universidades de Francia, Alemania, Italia y principalmente de los Estados Unidos. Muchas de las ofertas para cubrir estos puestos llegaban al Centro a través de don Ramón, que las recibía directamente de los numerosos hispanistas con quienes mantenía relación personal. No siempre era fácil corresponder a tales ofertas. La instrucción en el conocimiento de los métodos de enseñanza de lenguas modernas no figuraba aún en los programas de nuestras Facultades de Letras. La sección filológica del Centro organizó un curso especial para preparar presuntos candidatos con conocimientos de fonética, cuestiones gramaticales, comentarios de textos e información bibliográfica correspondiente a estas materias. El curso fue aprovechado por muchos jóvenes, que fueron ingresando en la extensa red de profesores de español en el extranjero.

De este modo, las desnudas y resonantes salas del local de Recoletos fueron adquiriendo actividad y calor que ejercían atracción entre estudiantes escogidos y hasta despertaban estímulos tan insospechados y estimables como el del joven Felipe Sierra, ordenanza del Centro, que desde peón de albañil casi iletrado, aprendió gramática, contabilidad y mecanografía, y llegó a activo auxiliar en la administración de la *Revista* y de los cursos para extranjeros, y el del muchacho de recados, Pepito Colás, que un día manifestó, conmovido, que quería ser algo más que un simple recadero, y que, ayudado en los gastos de sus estudios en la Escuela Normal, se convirtió en un excelente y apreciado maestro de enseñanza primaria.

Hacia el año 1920, el Centro cambió de domicilio, no por propia iniciativa, sino por gestiones del escultor Mariano Benlliure, director del Museo de Arte Moderno, quien contó con influencias políticas para trasladar el Centro a un hotel de la calle de Almagro, a fin de instalar en el local desalojado la sección de escultura del Museo. El hotel de Almagro era un edificio particular con una alta valla de hierro a la calle y un pequeño y descuidado jardín. Tenía el aspecto de una acomodada residencia burguesa con aire arquitectónico del tiempo de Isabel II. Constaba de dos pisos, sótano y bohardillas. La fachada y los suelos y escaleras estaban deslucidos y deteriorados. El espacio era escaso, aunque sólo se necesitara para las secciones de Filología y de Arqueología y Arte, pues la arabista se había constituido en Escuela de Estudios Árabes, con residencia independiente, y la de Instituciones Medievales había quedado interrumpida por fallecimiento de su director.

Don Ramón ocupó una rotonda interior en el piso principal, con vistas al jardín. En el mismo piso, la sala de conferencias, con dos balcones, daba a la fachada exterior sobre la puerta de entrada. La biblioteca quedó repartida por habitaciones y pasillos. A Ricardo de Orueta, con sus ficheros fotográficos y bibliográficos de escultura, y al incipiente laboratorio de fonética se les instaló en las bohardillas, a las que se subía por una estrecha y desnivelada escalera de madera. Así como el antiguo local había sido desproporcionado por su excesiva holgura, éste adolecía de demasiada estrechez.

Ingresaron por este tiempo en la sección de Filología elementos de una nueva generación, que no tardaron en destacarse con propio relieve: Amado Alonso, Samuel Gili Gaya, Dámaso Alonso, Rafael Lapesa y Salvador Fernández Ramírez. Su primer campo de adiestramiento fue la participación en los cursos para extranjeros y en las tareas de la *Revista*, empezando por las reseñas de libros y la formación de la bibliografía trimestral. Después, cada uno de ellos se inclinó a la rama de su preferencia dentro del amplio campo de la sección.

El Centro, que, como queda indicado, carecía de reglamento formal, habituaba a observar rigurosa disciplina en la ejecución del trabajo: fidelidad a las fuentes, exactitud en los datos, conocimiento previo de la bibliografía pertinente, leal indicación de los datos y juicios debidos a estudios anteriores, sobriedad y claridad de exposición, etcétera. En el fondo, la más valiosa enseñanza del Centro consistía en el culto a la honestidad científica que don Ramón prescribía de este modo: "En la investigación, como en cualquier aspecto de la vida, la disciplina ética es la base de todo; la probidad es antes que la capacidad."

Entre los años 1920 y 1930, la expansión de relaciones del Centro se manifestaba en la frecuente presencia de hispanistas que pasaban por él como conferenciantes o visitantes. No podría ahora hacer la enumeración completa de sus nombres; recuerdo a los alemanes Meyer-Lübke y Vossler; a los franceses Martinenche, Millardet, Bataillon y Serrailh; al belga Lucien Paul Thomas; al portugués Fidelino Figueiredo; al chileno Rodolfo Lenz, a los mexicanos Francisco A. de Icaza y Martín Luis Guzmán, y a los norteamericanos Sheppard, Wilkins, Schevill, Morley, Marden, Coester, Espinosa, Fitz-Gerald, Leavitt y Hill. Bajo el nombre de don Ramón, el papel del Centro, sin haberlo pretendido, vino a ser en Madrid el de un verdadero instituto de relaciones culturales.

Otro aspecto de esta expansión consistió en la cooperación prestada por el Centro para la organización de instituciones semejantes en otros países, como el Instituto de Filología de Buenos Aires, establecido por acuerdo entre don Ramón y don Ricardo Rojas, decano de la Facultad de Letras de la capital argentina, dirigido primeramente por Américo Castro y después por Manuel de Montoliú y Agustín Millares, hasta que quedó de manera definitiva en manos de Amado Alonso. El Centro contribuyó asimismo a la creación del Instituto Hispánico de Nueva York, organizado y dirigido durante más de treinta años por Federico de Onís, bajo el patrocinio de Columbia University. Como brote del mismo tronco se puede considerar al Colegio de México, donde Alfonso Reyes

aplicó experiencias y recuerdos de su participación en el Centro de Madrid. Y como reflejo del mismo ejemplo se destaca actualmente el Instituto Caro y Cuervo de Bogotá.

En 1925, para celebrar las bodas de plata de don Ramón con su cátedra universitaria, la sección de Filología le ofreció un homenaje en el que, junto a numerosos hispanistas extranjeros, colaboramos sus discípulos. Consistió en tres grandes volúmenes de estudios lingüísticos, literarios y bibliográficos, espléndida y generosamente editados por la empresa madrileña de Perlado, Páez y Compañía, herederos y sucesores de la antigua Editorial Hernando. Ya en este tiempo, los libros y artículos de don Ramón formaban una imponente serie, cuya detallada exposición bibliográfica realizaron Homero Serís y Germán Arteta en el citado homenaje.

El periodo que el Centro pasó en el hotel de Almagro, 1920-1930, quedó señalado por la publicación de tres de las más importantes obras de don Ramón: *Poesía juglaresca y juglares*, 1924, sorprendente cuadro de la varia actividad literaria dispersa por palacios y plazas castellanas en la Edad Media; *Orígenes del español*, 1926, profundo estudio de la formación histórica de la lengua en integral correspondencia con las circunstancias políticas y sociales del país; y *La España del Cid*, 1929, reconstrucción histórica del siglo XI español, con profunda visión de los problemas permanentes de la Península.

La tercera y última etapa del Centro fue determinada, en 1930, por su nuevo traslado al local que había sido Palacio de Hielo, en la calle de Medinaceli, junto al Hotel Palace. Abandonamos con cierto sentimiento el hotelito de Almagro, que en su modestia y estrechez había sido para el Centro acogedor y fecundo hogar. También este traslado, que por fin vino a proporcionar al Centro instalación adecuada, se produjo por circunstancias casuales e indirectas. El Palacio de Hielo, construido como lugar de actividades sociales y recreativas en conexión con el vecino Hotel, había sido una empresa sin éxito. Para salvar sus intereses, los propietarios habían conseguido traspasar el edificio al gobierno, presidido entonces por el general Primo de Rivera, el cual, por

su parte, recordando tal vez su intervención en favor de Benlliure cuando el primer desalojamiento del Centro, trataría ahora de reparar aquel agravio. El hecho es que la parte media y más extensa del espacioso edificio, convenientemente reacomodada, se destinó al Centro. En los extremos se instalaron la Unión Ibero-Americana y la Comisaría del Turismo. Al tiempo del traslado, el gobierno de Primo de Rivera había sido sustituido por el del general Berenguer, en el que el Ministerio de Instrucción Pública y la Dirección General de Bellas Artes estuvieron desempeñados respectivamente por los profesores del Centro, don Elías Tormo y don Manuel Gómez Moreno.

Por primera vez, a don Ramón se le pudo asignar un despacho amplio y adecuadamente amueblado. Las secciones de Arqueología y Arte se instalaron con suficiente espacio y comodidad. Recibió alojamiento apropiado el extenso glosario medieval que había venido formándose en los años anteriores, y junto a él se situó el anejo lexicográfico de los siglos xv a xviii dirigido por Gili Gaya. Se asignó asimismo espacio conveniente al material bibliográfico, a cargo de don Homero Scrís, a la sección de Instituciones Medievales, reanudada bajo la dirección de Claudio Sánchez Albornoz, y a la recientemente creada de Estudios Clásicos, que pronto se dio a conocer con la revista *Emerita*, dirigida por el profesor Giuliano Bonfante. Tuvimos además el beneficio de una amplia sala de conferencias acomodada con las butacas de rojo terciopelo que habían pertenecido al antiguo Teatro Real.

Pudo asimismo disponer de espacio propio el grupo homogéneo del Laboratorio de Fonética, mejorado con varios instrumentos, el Archivo de la Palabra y el Atlas Lingüístico. Don Ramón había sido, según queda indicado, iniciador del Atlas y fue su constante inspirador y propulsor; yo actué como director ejecutivo; la encuesta fue realizada por Aurelio M. Espinosa, hijo, y Lorenzo Rodríguez Castellano, en la zona castellana; Manuel Sanchis Guarner y Francisco de P. Moll, en la catalana, y Aníbal Otero y Armando Nobre de Gusmão, sustituido después por Luis F. Lindley Cintra,

en la portuguesa. En el verano de 1936, al empezar la guerra, la encuesta se había realizado en toda España, con excepción de algunos lugares de Cataluña, y se había empezado en Portugal. La obra sufrió inevitable retraso; el primer volumen no se publicó hasta 1962, por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

El Archivo de la Palabra tuvo por objeto servir a la documentación histórica recogiendo las voces de las personalidades más representativas en la cultura española contemporánea. Se hicieron a partir de 1931 las inscripciones autogramofónicas de escritores, científicos, artistas y políticos, que en su mayor parte no dejaron otro testimonio oral de su habla y acento que el que hicieron para el Archivo. Los discos de las series registradas han sido utilizados en cursos de español de universidades y colegios extranjeros. Comprenden los nombres de Azorín, Juan Ramón Jiménez, Pío Baroja, Menéndez Pidal, Ramón y Cajal, Unamuno, Alcalá Zamora, Valle-Inclán, Manuel B. Cossío, hermanos Álvarez Quintero, Benavente, Palacio Valdés, Miguel Asín, Ignacio Bolívar, Bernardo Torres Quevedo, Ortega y Gasset, Fernando de los Ríos, Concha Espina, Margarita Xirgu, Vicente Medina, Enrique Borrás, Eduardo Marquina, Mariano Benlliure, Linares Rivas y Ricardo León. La guerra impidió hacer las inscripciones, ya previstas, de Antonio Machado, Manuel Azaña y Federico García Lorca.

Durante algún tiempo, en esta etapa, se publicó un cuaderno de bibliografía dirigido por Pedro Salinas y titulado *Índice*, con reseñas y comentarios sobre libros y tendencias de la literatura contemporánea. La publicación cesó cuando Salinas tomó a su cargo la organización de los cursos de la Universidad Internacional en el Palacio de la Magdalena de Santander.

En 1936, al cesar en su labor, el Centro había producido un extraordinario número de publicaciones y tenía en marcha empresas de eminente interés. Sólo la *Revista de Filología* contaba ya con 22 volúmenes. El último cuaderno, con el que quedó interrumpida hasta después de la guerra civil, se publicó bajo el bombardeo de Madrid, pocos días antes de que

la imprenta de la Editorial Hernando en que se confeccionaba fuera destruida por los cañones antirrepublicanos. El Centro en aquella fecha había ya alcanzado renombre internacional. Numerosos jóvenes del profesorado de universidades e institutos extendían por las provincias españolas las enseñanzas recogidas en el Centro o a través de sus publicaciones. Con frecuencia, en cualquier país, el viajero encuentra el nombre del Centro, evocado con admiración y cariño por alguna persona que asistió a sus cursos. Fue en el campo de la cultura humanística el exponente más visible de un breve renacimiento de optimismo y confianza en el deprimido ambiente de la conciencia española. Hoy no es difícil apreciar el sentido y valor de la función que desempeñó. Para sus viejos colaboradores no fue más que un acogedor hogar de ilusionado trabajo, recordado con melancólica nostalgia.

Por espontáneo y común consenso, sin que en realidad hubiera habido efectivo nombramiento oficial, don Ramón fue considerado, desde el primer momento, como director del Centro, no sólo de la sección de Filología. Su imagen y la del Centro se hicieron inseparables. Su ejemplo y enseñanza guiaron la labor colectiva y definieron el carácter y espíritu de la institución. El Centro, al mismo tiempo, proporcionó a don Ramón la materia propicia y los medios necesarios para formar su escuela y ejecutar su obra. Ciertamente es que la gigantesca labor de Menéndez Pidal abarca un periodo mucho más extenso que el de los veintiséis años de la existencia del Centro. Antes y después salieron trabajos de máxima importancia de su pluma infatigable. Se puede decir, sin embargo, que en la etapa del Centro fue donde su esfuerzo alcanzó la mayor expansión y trascendencia, tanto por los libros que en esos años publicó como por la *Revista* que dirigió, por las obras y empresas que inspiró e impulsó a su alrededor y por el grupo de discípulos que se formaron a su lado.

Era admirable ver cómo cualquier tema de lengua, de leyendas épicas o de romances se iluminaba en sus manos mostrando hasta el más íntimo fondo de su sentido, relaciones y contactos. Su prodigiosa técnica tenía por base un profundo conocimiento de la vida medieval española, adquirido

en largas e intensas lecturas de antiguas fuentes, en su mayor parte inéditas y en general apenas conocidas ni consultadas. Instrumento auxiliar de su memoria era el inmenso caudal de sus notas, acumuladas en continua afluencia y metódicamente ordenadas en los ficheros de su despacho de Chamartín.

Lengua, literatura e historia se fundía en su doctrina en indivisible unidad. Fue el lingüista pertrechado de mayor bagaje literario e histórico, y al mismo tiempo el historiador y crítico literario de mayor preparación filológica. Consideraba la lengua, en su origen y evolución, no como abstracta construcción gramatical, ni como mera creación expresiva de vagas reacciones estéticas o idealistas, sino como complejo producto individual y colectivo, fruto de tradición e innovación, inseparable de las formas de vida y de cultura de cada pueblo. Tuvo personalidad científica propia, no encuadrada en el marco de ninguna de las actuales teorías o sistemas lingüísticos.

Sería difícil señalar en la España contemporánea otro hombre de obra tan fecunda, ni de vida tan lograda, ni tampoco de mayor urbanidad y pulcritud en sus costumbres y maneras. Su figura se destaca como fundador de la moderna filología española, como explorador y definidor del ingente tesoro de la poesía tradicional y como renovador y organizador de la investigación histórica. Los que tuvimos el privilegio de recibir sus enseñanzas, guardamos además, en lo hondo de nuestro afecto, junto a la admiración de su ciencia, la entrañable memoria de su cordial imagen de maestro y amigo.

T. NAVARRO TOMÁS

Northampton, Mass.